



El pozo

Ricardo Cabrera

Septiembre 10, de 2020

Loira miraba embelesada como el fondo del pozo se convertía en un espejo plateado, era tan resplandeciente que la luz ascendía por sus paredes, iluminando los ladrillos como si se tratara de un túnel que la invitaba a entrar y perderse en él. Fue la primera vez que la magia del pozo, como ella la llamo después la tocaba hasta las fibras más profundas de su alma.



A partir de ese día, arrobada por el fenómeno de luz, ella era puntual a la cita, esperaba con verdadera devoción, que la luna se encontrara en el cenit, ya en esta situación, no habría poder humano que la separara de su ensoñación con el pozo.

Las experiencias comenzaron una noche cualesquiera, estaba por entrar a la pubertad, y aún poseía ciertas características andróginas que imposibilitaban –de primera mano- distinguir en ella a un chico de una chica. Poseedora de unos enormes ojos negros- semejantes al pozo cuando no era iluminado-, que resaltaban sobre su piel extremadamente blanca, haciendo que el resto de su rostro careciera



de importancia. El cabello, cortado casi a ras del cráneo para evitar ser parte de la infestación de piojos que se habían convertido en el azote de la pequeña aldea.

Sus ojos eran precisamente una de las causas por la cuales el padre la detestaba, era la única mujer, y por añadidura el color nefasto de las brujas en un lugar tan visible como los ojos. Eso seguramente les traería mala suerte, si por lo menos hubiera muerto al nacer.

Era la menor de diez hijos del cantero del pueblo. Desde su nacimiento, el padre la había considerado como una especie de deshecho del cuerpo de su madre, a diferencia de sus hermanos de complexión robusta, ella era bastante esmirriada. Siendo la única hija en un clan de hombres, el padre decidió vestirla como uno de ellos.

Loira comprendió desde muy pequeña, que la vida le presentaría su cara más miserable por el solo hecho de ser mujer.

Vestía una camisola floja, de color indefinible, podría haber sido blanca en el momento de su confección, lo cual sería de dudar, el blanco lo reservaban para ceremonias especiales, y, Loira no recordaba ninguna de ese tipo en su vida. El cuello era color marrón, no había necesidad de utilizar un jubón o algo similar que ocultara su pecho de mujer, daba la impresión que nunca ocurriría, era tan plana como las lápidas que construía su padre. Una gruesa cinta de colores, lo único vivo –aparte de sus ojos- que la hacía resaltar de los demás hermanos. Un pantalón, que seguramente perteneciera a alguno de sus hermanos mayores, confeccionado en lana cruda teñida en color café, tan flojo, que semejava una falda extraña, ajustado en la cintura con una recia cuerda de esparto. Y era justamente esa línea delimitante en la mitad de su cuerpo, la que hacía que no pareciera un desmañado muñeco de paja.

Loira no había conocido nunca la comodidad de un calzado, los inviernos, cuando la nieve cubría las calles, y ella tenía que agenciárselas de algún modo para



poder salir y no congelarse; sus pies eran los que más sufrían, era el período en el cual se los veía a sí misma con un tinte azul, que consideraba se quedaría en forma permanente.

Para completar su desgracia, su madre había fallecido en la primavera, víctima de las fiebres del puerperio; para fortuna también se había llevado con ella el producto. Mujer y bebé, fueron enterrados en la misma fosa -a qué necesidad un doble gasto- la iglesia era muy escrupulosa en lo referente a las dispensas hacia los muertos; su padre considero como un lujo, que el no nacido recibiera un nombre y el sacramento post mortem, solo pudo ser convencido por el hecho de que el pequeño ser viviría en el purgatorio por toda la eternidad, y a él, le sería negada la entrada en el paraíso por haberlo condenado.

Sí, la vida era dura para Loira, pero en los albores del año 1300, las condiciones de vida se parecían mucho en cualquier lugar de Europa. La desgracia real de Loira era ser mujer. Mientras la madre vivía, su presencia y su sexo no tenían una especial importancia, pero ante la ausencia de la matriarca, ella era una liebre suelta entre lobos; solo era cuestión de tiempo, pero ese tipo de pensamientos no cruzaban por su cabeza.

Dormían en un hacinamiento completo, los más afortunados, o, mejor dicho, los más fuertes se aseguraban de poseer una yacija de paja, los más pequeños – Loira entre ellos- se tenían que acomodar en el suelo, lo más cerca posible del hogar, que durante las noches más crudas del invierno se mantenía encendido en forma constante, ante el desconsuelo del jefe de la manada, quien consideraba que eso lo llevaría a la ruina.

Las primeras señales de alarma para Loira, se dieron en una noche especialmente fría -antes de conocer la magia del pozo-, más apretujados que de costumbre, intentaban dormir y solo lo conseguían aquellos cuyo cansancio era superior a la sensación del frío mordiendo sus carnes.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Harold, un año mayor que ella y quien se había caracterizado siempre como el más cruel hacia su persona, no podía dormir, lo sintió acurrucarse y buscar la tibieza de su cuerpo, su brazo la rodeo, acercándola como si se tratara de una cobija, lo sintió casi fundirse con su cuerpo. La sensación de alivio hacia el frío hizo que en un primer momento permitiera a su hermano ocuparla de ese modo, después de todo era algo normal a falta de cobijas. Pero esta vez era distinto, su hermano comenzó a moverse de forma extraña, y algo duro buscaba acomodo entre sus piernas. Asustada, se zafó tan bruscamente como pudo y se levantó. Se retiró a una esquina, desde allí, convertida en un ovillo, sus ojos negros brillantes con el reflejo de las llamas del fuego que apenas llegaba hasta donde estaba, observaba a su hermano. EL miedo atroz de saber que él no sería el único peligro, le hizo sentir un profundo dolor en el pecho.

Harold la maldijo en silencio, no había necesidad de hacer alboroto, si padre se levantaba, la emprendería a golpes con el más cercano y las probabilidades de que fuera él, eran altas. Ya habría tiempo, tenía muchas noches por delante, y el invierno apenas comenzaba.

El incidente apenas recordado por Loira, parecía haber quedado sepultado en el pasado. Harold ya no la molestaba, el torvo muchacho encaminó sus esfuerzos hacia las mozas de su edad. Alguna de ellas estaría dispuesta a cambiar un rato de entretenimiento en un pajar, a cambio de media hogaza de pan. Harold consideraba que era una buena forma de invertir su ración diaria de vez en cuando.

Loira estaba envuelta en su ensoñación casi infantil de contemplación de la luna en el fondo del pozo, que no sintió los pasos que se movían a hurtadillas tras ella, se acercaban buscando no alterar la paz de la noche. El exterior de la casa parecía cubierto con una tela metálica que lo realzaba todo con un profundo color azul.

Cuando la mano tapó su boca, era demasiado tarde para Loira, no había sentido la presencia de su hermano Harold, y lo tenía ahora, tan pegado a su cuerpo como



el día que huyo despavorida. Sentía su respiración en la nuca, la presión sobre su cuerpo enflaquecido era terrible, la misma sensación de dureza entre sus piernas le hizo abrir los ojos como buscando el apoyo de algo en el fondo del pozo. Pero la superficie continuaba serena, solo reflejando la luna, que a medida que avanzaba su paso, el fondo se hacía más oscuro.

Sintió la mano libre de hermano buscar deshacer el nudo de la cuerda que sujetaba su pantalón, lo escucho blasfemar por no poder hacerlo. En un acto de furia, Harold la golpeó con tanta fuerza que ella sintió que su espalda se quebraría.

Loira continuo con la tarea que Harold no pudo. Sus pantalones resbalaron dejando su cuerpo expuesto a la intemperie. Sintió a su hermano desgarrando sus entrañas, mientras sus ojos se anegaban de lágrimas, solo fueron unos instantes, la pasión de su hermano no duró más que la satisfacción del hambre de un animal. La mano dejó de cubrir su boca, lo escuchó alejarse, no hubo, de parte de él, advertencia de quedarse callada o algo similar. Su padre, daría la razón a su hijo, ella era menos que nada, y seguramente el padre imaginaría que intentaría manchar a alguno de sus hijos para esconder el verdadero nombre del infractor.

Sus manos se crispaban en el brocal del pozo, la sangre manchaba sus muslos blanco de niña y se detenían en el tosco pantalón que estaba a sus pies. Continuo así por unos minutos, después, levantó la prenda y la sujetó nuevamente a la cintura. La luna ya no se reflejaba en el fondo del pozo, solo era un abismo negro, una boca abierta que parecía querer tragarse a quien se asomaba en él. Eso fue justamente lo que Loira debió pensar antes de lanzarse dentro. El sonido del agua desplazándose y abrazándola después fue de solo unos instantes. Casi los mismos que fueron necesarios para que entregara su vida a lo único bello que había conocido.

La búsqueda de Loira terminó al mediodía siguiente cuando uno de los hermanos la encontró flotando sobre las aguas tranquilas del pozo.



El padre no derramó lágrimas por la pérdida, le dolía el inconveniente de tener que pagar los servicios religiosos del cura que debía acudir para darle la despedida de este mundo. Por fortuna, sería una boca menos que mantener.

Para Harold las cosas eran diferentes, maldecía la estupidez de su hermana, no podía creer que se hubiera matado por tan poca cosa. En fin, tendría que buscar entre alguno de sus hermanos más débiles que él –aunque fueran mayores- lo que su hermana le había negado con su muerte.

La ausencia de Loira tuvo menos efecto que el descuido de no tener leña para calentar las frías noches.

Varias semanas después, el padre desquitaba su cólera precisamente sobre Harold, quien había heredado la tarea de mantener los cuencos llenos de agua fresca en el interior de la choza.

Afuera la lluvia y el viento le decían a Harold que era mejor soportar los golpes del padre que aventurarse a salir. Pero esta vez las cosas fueron diferentes, solo un par de malos golpes, no acordes a la brutalidad conocida del padre le dieron a entender que las cosas no marchaban bien. En efecto, fue tomado del cuello y sacado casi en vilo de la casa. No podría regresar si no llevaba el agua con él, y, si otro realizaba su tarea, entonces, era mejor que buscara un nuevo lugar para vivir.

Ante esta amenaza, no le quedó de otra más que encaminarse al pozo, su ropa se convirtió casi en forma inmediata en una sopa, escurría como los aleros de paja de la casa, volvió la mirada y se quedó viendo por unos momentos la seguridad que dejaba atrás, una imprecación ininteligible salió de su boca, opacada por los ruidos de la tormenta. Con más penurias de las que hubiera esperado, llegó hasta el fondo del solar, no entendía como el par de cerdos soportaban las inclemencias del tiempo, hasta parecían contentos con la lluvia que caía encima de ellos.

El terreno se había convertido en una capa deslizante de barro café, patinaba como si fuera hielo, en más de una ocasión estuvo a punto de caer. Como pudo,



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

conservó la vertical hasta vislumbrar el pozo; apresuró el paso, entre más pronto mejor, deseaba llegar lo antes posible a casa. Si no lograba despojar a alguno de sus hermanos de sus ropas secas, tendría que dormir desnudo. Mascullando maldiciones, enfocó sus ojos azules en su objetivo, las prisas le hicieron avanzar más rápido, trastabilló y por querer evitar caer, ganó más velocidad, su figura se apreciaba cómica, parecía un polluelo que estaba aprendiendo a volar. Sin nada a que asirse, se precipitó hacia adelante, el cubo de madera continuaba en una de sus manos, por alguna razón no lo había soltado, posiblemente pensara que era su tabla de salvación.

El brocal del pozo lo esperaba amistosamente, o al menos eso imaginó, pero su mano libre no fue suficiente para detenerse y su cuerpo sobrepasó limpiamente la altura del brocal. Harold se vio de pronto envuelto en las aguas frías del fondo del pozo, estaba en completa oscuridad, a su lado la cuerda que utilizaban para amarrar el cubo se hundía lentamente, como si fuera una serpiente.

Gritó desesperado, el miedo comenzó a hacer presa de él. Nadie lo escucharía, no en una noche como esa.

El padre pensando que su hijo era dueño de una rabieta, había decidido obtener agua

de una gotera en el techo. Mañana molería a palos a su hijo y asunto arreglado.

En el interior del pozo, Harold chapoteaba intentando mantenerse a flote, sentía su cuerpo entumido por el frío intenso del agua. Tiritaba y escupía el agua que inundaba su boca de vez en vez, la lluvia entraba a torrentes, su cara escurría mientras sus cabellos se pegaban a la frente.





Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Súbitamente sintió un tirón en sus piernas, se vio rodeado de agua oscura por todos lados si la inmediata sensación de ahogo, sus cabellos flotaban libres, como si se tratara de algas rubias que nacían en su cabeza. Sintió cuando —cualquier cosa que lo hubiera jalado- fue soltado, su cuerpo emergió en un borbotón de agua, como si renaciera a la oscuridad circundante, apenas si pudo jalar aire, nuevamente fue jalado hacia el interior, el castigo se repitió una y otra vez, la crueldad de jalar aire por unos segundos, manteniéndolo con vida apenas, se prolongó tanto hasta que las fuerzas comenzaron a abandonarlo. La desesperanza se anidó en él.

Por último, flotando apenas, con los brazos extendidos sobre la superficie, y gritando por ayuda, sintió un cuerpo pegarse al suyo, la misma sensación que cuando dormían todos juntos buscando fundirse para evitar el frío.

Eran unos brazos más fríos que él agua, rodearon su pecho desde sus espaldas, comenzaron a apretarlo tanto que sintió sofocarse. Cuando sintió que iba a morir, la presión cedió. Esta vez, pudo ver claramente un par de puntos luminosos frente a su cara, eran dos pequeñas llamas, como el reflejo del hogar que los calentaba en el interior de la choza, se acercaban lentamente a él.

Harold tenía la boca desmesuradamente abierta, un grito pugnaba por salir de su garganta sin poder conseguirlo, sintió una presión uniforme sobre sus hombros, lo empujaban hacia abajo. Harold manoteaba bajo la superficie, intentaba zafarse de algún modo, pero todo era inútil, sus ojos comenzaron a ponerse en blanco como las hostias que su padre había pagado al cura después del funeral de la madre.

Un par de burbujas y un último espasmo dieron cuenta del final de la vida de Harold, dondequiera que su alma fuera, seguro no sería al paraíso.

El nuevo cuerpo hallado en el interior del pozo movió las creencias del pueblo hacia una maldición. El eco del nacimiento de Loira se dejó escuchar con fuerza una vez más, era claro, la niña era sido la reencarnación de una bruja, pero el padre se negó a creerlo, los ojos negros la delataban y él no había hecho nada al respecto.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

El pueblo entero estaba en peligro, serían necesarias todas las oraciones posibles, el cura tendría mucho trabajo y dinero como resultado de las creencias de la plebe.

El pozo fue sellado, y cubierto con paja. Pero durante la nueva luna llena, extrañamente estaba abierto, y resplandecía en el fondo como un espejo. La boca estaba abierta, en espera de un incauto que se asomara para contemplar su belleza, pero esa es otra historia por contar...